

LA SENSACIÓN DE LO QUE OCURRE

Cuerpo y emoción en la construcción
de la conciencia

ANTONIO
DAMASIO



DESTINO

Índice

- PORTADA
- SINOPSIS
- PORTADILLA
- DEDICATORIA
- CITA
- AGRADECIMIENTOS
- PRIMERA PARTE. INTRODUCCIÓN
 - CAPÍTULO UNO SALIR A ESCENA
- SEGUNDA PARTE. SENTIR Y CONOCER
 - CAPÍTULO DOS EMOCIÓN Y SENSACIÓN
 - CAPÍTULO TRES CONCIENCIA CENTRAL
 - CAPÍTULO CUATRO LA INSINUACIÓN A MEDIAS INSINUADA
- TERCERA PARTE. UNA BIOLOGÍA PARA EL CONOCER
 - CAPÍTULO CINCO EL ORGANISMO Y EL OBJETO
 - CAPÍTULO SEIS LA CONSTRUCCIÓN DE CONCIENCIA CENTRAL
 - CAPÍTULO SIETE CONCIENCIA AMPLIADA
 - CAPÍTULO OCHO LA NEUROLOGÍA DE LA CONCIENCIA
- CUARTA PARTE. OBLIGADO A CONOCER
 - CAPÍTULO NUEVE SENTIR SENSACIONES
 - CAPÍTULO DIEZ EL USO DE LA CONCIENCIA
 - CAPÍTULO ONCE BAJO LOS FOCOS
- APÉNDICE NOTAS SOBRE LA MENTE Y EL CEREBRO
- NOTAS
- CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos ex-
clusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

¿Cómo puede nuestra mente llegar a conocer? ¿Cómo podemos tener sensación y consciencia del ser? ¿De qué manera se produce la transición de la ignorancia y la inconsciencia al conocimiento y a la identidad del ser? Éstas son las preguntas que plantea y responde en este libro Antonio Damasio, uno de los mayores expertos mundiales en neurología.

Antonio Damasio

La sensación de lo que ocurre

*Cuerpo y emoción
en la construcción de la conciencia*

Traducción de Francisco Páez de la Cadena Tortosa



Para Hanna

O la cascada, o música oída tan adentro
que ni siquiera se oye, aunque tú eres la música
mientras dura la música. Son sólo insinuaciones y
conjeturas,
insinuaciones seguidas de conjeturas; y el resto
es plegaria, observancia, disciplina, pensamiento y
acción.
La insinuación a medias insinuada, el don a medias
comprendido, es
[Encarnación.

T. S. ELIOT
«Dry Salvages», de *Cuatro cuartetos*

La cuestión de quién era yo me consumía.

Me convencí de que no encontraría la imagen de
la persona que
era: pasaron los segundos. Lo que en mí salió a la
superficie
volvió a hundirse de nuevo y a perderse de vista.
Con todo, sentí
que el momento de mi primera investidura
fue el momento aquel en que empecé a represen-
tarme a mí mismo...
el momento aquel en que empecé a vivir... gra-
dualmente... segundo a
segundo... implacablemente... ¡Oh mente, qué ha-
ces!...

¿quieres quedar encubierta o quieres ser vista?

Y tu ropaje... ¡cómo se convierte en ti!... estrellado
con los ojos
de otros,
sollozando...

JORIE GRAHAM

«Notas sobre la realidad del ser», de *Materialismo*

AGRADECIMIENTOS

Mi primer agradecimiento es para Seamus Heaney por su involuntaria contribución al título de este libro. El final de su poema «Song» [«Canción»] habla de «cuando el pájaro canta de manera muy parecida a la música de lo que pasa». *La sensación de lo que pasa* fue mi adaptación espontánea, y quizá inevitable, de su verso al tema concreto de este libro.

Durante la preparación del manuscrito tuve la fortuna de pasar muchas horas debatiendo mis ideas con colegas pacientes y expertos. Destaco a Hanna Damasio, cuyas ideas y sugerencias son una inspiración continua; a Josef Parvizi, cuya especialización en el tallo cerebral me ayudó a conformar mis puntos de vista sobre esta región cerebral, haciendo la tarea de abordar sus complejidades mucho más fácil de lo que habría sido sin su entusiasmo; a Ralph Adolphs, que tiene una mente abierta pero que nunca da por sentada una explicación; a Charles Rockland, que casi no acepta explicación alguna pero que es un colega sumamente constructivo y generoso; a Patricia Churchland, cuya insistencia en ser transparentes es un reto bienvenido; y a mi sempiterna crítica, Mrs. Lundy, que fue mucho menos severa de lo que yo esperaba. También he tenido durante este período el consejo de muchos colegas que han leído el texto y han aportado sugerencias. Entre ellos, Victoria Fromkin, Jack Fromkin, Paul Churchland, Fernando Gil, Jerome Kagan, Fred Plum, Pierre Rainville, Kathleen Rockland, Daniel Tranel, Stefan Heck, Antoine Bechara, Samuel Dun-

nam, Ursula Bellugi y Edward Klima. Me he beneficiado enormemente de sus comentarios y les agradezco su sabiduría y su amabilidad.

Estoy igualmente agradecido a la amistad con la que, una vez que estuvo terminado el manuscrito, lo leyeron detenidamente, comentándolo generosamente, diversos colegas. Son Gerald Edelman, Giulio Tononi, Jean-Pierre Changeux, Francis Crick, Thomas Metzinger y David Hubel que, como un lector de ensueño, no deja sin examinar ninguna idea ni deja de volver del revés ninguna coma. La responsabilidad de los errores y rarezas que queden es mía, naturalmente.

Estoy agradecido a mis colegas del Departamento de Neurología de la Universidad de Iowa, sobre todo a los miembros del área de Neurociencia Cognitiva, por lo que me han enseñado a lo largo de los años y por el espíritu con el que han contribuido a crear un entorno singular para la investigación de cerebro y mente; y al Instituto Nacional de Enfermedades Neurológicas y a la Fundación Mathers, cuyas becas han hecho de tal entorno una realidad. Estoy igualmente agradecido a los pacientes de neurología que se han estudiado en nuestra unidad de Neurociencia Cognitiva por la oportunidad que nos han brindado de comprender sus problemas.

Mi ayudante Neal Purdum coordinó la preparación del manuscrito y tanto Betty Redeker, que se ha ocupado de traducir mi letra durante dieciséis años, como Donna Wene-ll mecanografiaron el manuscrito con profesionalidad y dedicación. Denise Krutzfeldt y Jon Spardling me ayudaron con las fuentes bibliográficas con su capacidad habitual.

Agradezco a Rachel Myers su inteligente corrección del texto y a David Hough la paciencia y la precisión con las que se aseguró de que todo llegaba a buen puerto. Por último, reconozco con gratitud el apoyo y la orientación de dos amigos, Jane Isay y Michael Carlisle, sin cuyos consejos y entusiasmo no habría sido posible culminar este proyecto.

PRIMERA PARTE
INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO UNO

SALIR A ESCENA

SALIR A ESCENA

Siempre me ha fascinado ese momento concreto en el que, mientras esperamos sentados en la butaca, se abre la puerta del escenario y sale un actor a escena; o, por ponernos en la perspectiva opuesta, ese momento en que el actor que espera en la semioscuridad ve cómo se abre esa misma puerta y se le hacen patentes las luces, el escenario y el público.

Me di cuenta hace unos años de que la cualidad conmovedora de ese momento, adoptemos el punto de vista que adoptemos, provenía de su encarnación en una especie de nacimiento, de pasaje de un umbral que separaba el refugio protegido, pero limitado, de las posibilidades y los riesgos de un mundo más allá. Sin embargo, al preparar la presentación de este libro y conforme reflexiono sobre lo que he escrito, me doy cuenta de que salir a escena también es una poderosa metáfora de la conciencia, del nacimiento de la mente consciente, de la sencilla pero trascendental llegada del ser al mundo de lo mental. Precisamente el asunto de este libro es la salida a escena de la conciencia. Escribo sobre la sensación de ser y sobre la transición de la ignorancia y la inconsciencia al conocimiento y a la identidad del ser. Mi objetivo concreto es tener en cuenta las circunstancias biológicas que permiten tal transición.

No resulta fácil investigar ningún aspecto de la mente humana y, para aquellos que desean comprender los puntales biológicos de la mente, normalmente el problema de la consciencia es el de mayor envergadura, pese al hecho de que la propia definición del problema pueda variar mucho de un investigador a otro. Si dilucidar la mente es la última frontera de las ciencias de la vida, la consciencia suele parecer el misterio último en la dilucidación de la mente. Y hay quien lo considera irresoluble.

Con todo, es difícil pensar en un reto más tentador en el que pensar e investigar. El asunto de la mente en general, y el de la consciencia en particular, permite a los humanos ejercitar, hasta el desmayo, el deseo de comprensión y ese apetito de maravilla ante la propia naturaleza que Aristóteles reconoció como tan distintivamente humano. ¿Qué podría ser más complejo de saber que saber cómo sabemos? ¿Qué podría ser más mareante que darse cuenta de que precisamente tener consciencia es lo que posibilita, e incluso hace inevitables, nuestras preguntas sobre la consciencia?

Aunque para mí la consciencia no es el pináculo de la evolución biológica, sí la entiendo como un punto de inflexión de la larga historia de la vida. Hasta cuando nos atenemos a la definición sencilla y estándar del diccionario (como consciencia que de sí mismo y de su entorno tiene un organismo) es fácil ver cómo la consciencia puede haber abierto el camino en la evolución humana hacia un orden de creaciones nuevo que no hubiera sido posible sin ella: consciencia, religión, organizaciones políticas y sociales, artes, ciencias y tecnología. Incluso es todavía más llamativo que la consciencia sea la función biológica fundamental que nos permita distinguir la pena de la alegría, el sufrimiento del placer, que nos permita sentir la turbación o el orgullo, que nos permita apenarnos por el amor o por la vida perdidos. Se experimente o se observe, el *pathos* es un subproducto de la consciencia, como lo es el deseo. Sin consciencia no

nos sería conocido ninguno de esos estados. No echemos a Eva la culpa del conocimiento: culpemos a la conciencia, y gracias, afortunadamente.

Escribo esto en el centro de Estocolmo mientras miro por la ventana y observo a un hombrecillo frágil avanzar hacia el transbordador que está a punto de zarpar. Le queda poco tiempo, pero da pasitos cortos; se le tuercen los tobillos por la artritis; tiene el cabello blanco y lleva un abrigo raído. Lluve insistentemente y el viento le hace inclinarse ligeramente como un árbol en campo abierto. Finalmente, llega al barco. Sube con dificultad el alto escalón que le permite llegar a la pasarela e inicia la bajada hacia la cubierta, temeroso de coger demasiada carrerilla en el descenso, haciendo movimientos bruscos de cabeza a derecha e izquierda, controlando su entorno y buscando reafirmarse, mientras todo su cuerpo parece decir: ¿es esto?, ¿estoy donde debo estar?, ¿qué debo hacer a continuación? Y entonces los dos hombres que están en cubierta le ayudan con firmeza a dar su último paso, le llevan a la cabina con gestos cálidos y parece estar a salvo donde debiera estar. Dejo de preocuparme. El barco zarpa.

Dejemos vagar la mente ahora y pensemos que, sin conciencia, la incomodidad del anciano, puede que incluso su humillación, le habrían resultado desconocidas sin más. Sin conciencia, los dos hombres de cubierta no hubieran respondido con esa empatía. Sin conciencia, yo no me hubiera preocupado y nunca habría pensado que tal vez algún día yo sería él, caminando con esa misma vacilación dolorosa y sintiendo esa misma incomodidad. La conciencia amplifica el impacto de estos sentimientos en las mentes de los personajes que están en su escena.

En efecto, la conciencia es la clave, para bien y para mal, de la vida que se examina, nuestro pase para conocerlo todo sobre el hambre, la sed, el sexo, las lágrimas, la risa, las patadas, los puñetazos, el flujo de imágenes que llamamos pensamiento, los sentimientos, las palabras, los re-